

quía universal? Un contemporáneo de San Bernardo fué más lógico que el abad del Claraual. *Arnaldo de Brescia* creía también que las dos espadas no debían hallarse en manos de la Iglesia; hé aquí por qué quiso que el imperio fuera enteramente independiente del sacerdocio; esto era pedir que la soberanía pasase de la Iglesia al Estado.

La idea de la separación de la Iglesia y del Estado nació en la larga lucha sobre la investidura. Oigamos lo que los partidarios del imperio decían á los obispos: "Queréis ser príncipes y ejercer un poder temporal; entonces debéis reconocer la soberanía del emperador; pero si queréis ser libres, á fin de que no os estorbe nada, renunciad á vuestras posesiones y á los privilegios que son anexos, para entregaros de lleno á los deberes de vuestro ministerio espiritual; pero no queráis servir á dos amos á la vez, hacer la guerra y rezar; dejad las armas y todas las consecuencias de un gobierno temporal, y ocupaos de la salvación de vuestro rebaño, que para esto os habéis instituido," (1). Estas ideas hallaron acogida entre los adversarios de la Iglesia, y hasta un papa se dejó arrastrar por ellas (2). *Arnaldo de Brescia* las desarrolló hasta sus últimas consecuencias, influyendo, además, otros sentimientos poco favorables á la Iglesia en el espíritu reformador del italiano. Los papas se habían visto obligados á hacer un llamamiento á la opinión pública contra el clero concubinario y simoníaco, suscitando de este modo una tempestad que no fueron capaces de calmar; pusieron de manifiesto los vicios de la Iglesia oficial, y fácilmente se pasó del desprecio de los clérigos al desprecio de la autoridad eclesiástica; dice un cronista que estaban de tal modo excitadas las pasiones, que ya no se hacía caso de las censuras ni de las excomuniones de la santa sede (3). A este movimiento de reacción contra la Iglesia se unen las empresas y la doctrina de *Arnaldo*, del cual se dice que, inclinado por naturaleza á las ideas nuevas y revolucionarias (4), é imbuído ya en los sentimientos hostiles á la Iglesia, pasó los Alpes atraído por

(1) GERHON., de *Statu Ecclesie*, en GRETSER, *Op.*, t. VI, página 258.

(2) Véase más atrás, p. 340.

(3) DODECHINUS, en PISTORIUS, t. I, p. 667.

(4) OTTON. FRISING., de *Reb. gestis Friderici*, I, 21 (MURATORI, *Scriptor.*, VI, 21: "Singularitatis amator, novitatis cupidus, cuiusmodi hominum ingenia ad fabricandas hereses, schismatumque perturbations sunt prona >

el nombre de Abelardo, sacando de las lecciones del gran filósofo, no el grito de la libertad abstracta, sino la pasión de la libertad práctica; el maestro se ocupaba algunas veces en atacar los desórdenes que resultaban de las riquezas excesivas y del poder ilimitado de la Iglesia (1). Estas irritantes palabras cayeron en un foco que no necesitaba más que una chispa para encenderse (2). *Arnaldo* se atribuyó la misión de corregir los abusos; de vuelta á Italia, se propuso atacar rudamente á los clérigos, á los monjes y á los obispos (3), y en las arengas públicas opuso con ardor los preceptos del Evangelio á la vida mundana y disoluta de los ungidos del Señor. ¿Cuál era si no la fuente de la corrupción de la Iglesia? "Había olvidado su misión puramente espiritual, para apoderarse de bienes, privilegios y honores temporales, y era preciso llevarla al Evangelio, á la vida común, á la caridad, á la pobreza, debiendo los obispos y abades devolver á los príncipes los bienes y los derechos de regalía que habían usurpado; bastábales para alimentarse con los diezmos, y no debían exigir más," (4). *Arnaldo* predicaba con el ejemplo: el reformador, según testimonio de San Bernardo, era uno de estos hombres pálidos y austeros que no comen ni beben, y cuyo único alimento es la idea que persiguen (5).

Las predicaciones de *Arnaldo* conmovieron los espíritus; para realizar sus ideas atacó el poder temporal de la Iglesia en su centro, en la misma Roma; los Romanos estaban dispuestos á sacudir la dominación del papa; no habían olvidado la grandeza de sus antepasados, pues los descendientes del pueblo rey soñaban siempre con el imperio del mundo para Roma (6). *Arnaldo* lisonjeó estas pasiones, hablándoles de los héroes de la república: "La sabiduría del Senado y el valor de las legiones habían sometido el universo á la Ciudad

(1) RÉMUSAT, *Abelard.*, t. I, p. 175.

(2) OTTON. FRISING., de *Reb. gestis Friderici*, I, 21: "Arnaldus Petrum Abailardum, olim præceptorem habuerat."

(3) OTTON. FRISING., de *Reb. gestis Friderici*, I, 21: "Omnia lacerans, omnia rodens nemini parcens..."

(4) OTTON. FRISING., de *Reb. gestis Friderici*, I, 21.—GUNTHERI, poeta, de *Gestis Friderici*, lib. III, véase 273 y siguientes.

(5) S. BERNARDI, *Epist.* CXCIV: "Utinam tam sanus esset doctrinæ, quam districtæ est vitæ. Et si vultis scire homo est neque manducans neque bibens, solo cum diabolo esuriens et sitiens sanguinem animarum."

(6) Los Romanos provocaron al emperador Federico Barroja á sacudir la autoridad del papa y á recibir el imperio de manos del pueblo y del Senado de Roma (MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. II, p. 55).

Eterna; es preciso resucitar el Capitolio, restablecer el Senado, reformar la orden de los caballeros, y los Romanos del siglo XII podrían hacer aún lo que habían hecho los antiguos Romanos; en cuanto al papa, como no le pertenece el gobierno de la ciudad, debe contentarse con su poder espiritual," (1).

*Arnaldo* no tenía más apoyo, para realizar sus gigantescos proyectos, que las veleidades de ambición de un pueblo degenerado; tenía contra sí al papa, débil en Roma, pero omnipotente en la cristiandad, y el emperador, que no veía en el atrevido reformador más que un aliado de los rebeldes romanos; es cierto que *Arnaldo* hablaba de transferir la soberanía al imperio de Alemania; pero esto no era entonces más que un arma de guerra; en realidad, el ciudadano de Brescia, como todos los Italianos, quería volver á Italia el imperio del mundo que Roma había ejercido (2). *Arnaldo* fué entregado al papa por Federico, y murió mártir de su causa. Un escritor del siglo XII, aunque parcial del pontificado, censuró esta sangrienta muerte á la Iglesia de Roma (3), y hubiera debido igualmente acusar al emperador, que, además, no comprendió que tenía un poderoso aliado en el revolucionario italiano; no se engañaron, por cierto, los escritores ultramontanos, para quienes *Arnaldo* es el patriarca de los herejes políticos (4). Lo que ellos llaman herejía no es otra cosa que la idea sobre la cual descansan nuestras sociedades modernas, la soberanía del Estado ó de la nación, soberanía que debe ejercerse hasta sobre la Iglesia. En la Edad Media pertenecía á la Iglesia la dirección moral y el gobierno intelectual de la sociedad; los reyes no eran más que el instrumento de sus pensamientos; y si los príncipes no obedecían á sus mandatos, eran expulsados de la sociedad cristiana, excomulgados y depuestos; las relaciones del emperador y del papa eran la imagen de la sociedad entera: el orden civil subordinado al orden religioso. *Arnaldo de Brescia* atacó por su base la domi-

nación del pontificado; la soberanía era de la Iglesia, y la daba al Estado; bajaba á los clérigos y elevaba á los laicos (1). Esto era negar que el espíritu residiese exclusivamente en el clero; era proclamar ó adivinar al menos que la soberanía perteneciese á la sociedad laica. El pontificado vió el peligro, y creyó ahogarle entregando á *Arnaldo* á las llamas; arrojáronse al Tiber sus cenizas por temor de que el pueblo venerase los restos mortales del que le había llamado á reinar. Á nosotros, que nos aprovechamos de las ideas del ilustre mártir, nos toca recoger sus cenizas é inscribir entre los de aquellos hombres que honran la humanidad el nombre de aquel á quien las mezquinas pasiones de una Iglesia estrecha condenaron como hereje.

### III

*Arnaldo de Brescia*, hombre del porvenir, apenas era cristiano, y hé aquí por qué fué perseguido, no sólo por los papas, cuyo poder atacaba, sino también por los emperadores, cuyo derecho defendía; los hombres que se adelantan á su tiempo y que quieren aplicar sus ideas, sin tener en cuenta el estado de la sociedad en que viven, no tienen mucha influencia entre los contemporáneos, y no hacen más que arrojar la semilla destinada á germinar en circunstancias más favorables. Para atacar en la Edad Media al pontificado, se necesitaba permanecer en los límites de la religión cristiana. Un papa había tenido la idea de renunciar á las presiones temporales de la Iglesia para alcanzar su independencia; el desinterés de Pascual tuvo pocos partidarios en el alto clero; pero los hombres, penetrados del sentimiento de la perfección evangélica, se inspiraron en el mismo pensamiento; hubo una reacción contra la Iglesia exterior que amenazaba olvidar su misión espiritual en medio de sus riquezas; del seno del mismo clero nacieron quejas y acusaciones; un hombre, honrado por los papas y venerado como profeta, el abate *Joaquín*, tronó contra la vida orgullosa y sensual de los prelados (2): "Roma, dice, ha llegado á ser

(1) OTTON. FRISINGENS., de *Gestis Friderici*, II, 21.—*Epistola LUCH pape ad Conradum Reg.* (MANSI, t. XXI, p. 609).

(2) EUGENIUS III, *Epist. ad Vibald. Abbat.* (MARTENE y DURAND, *Amplissima Collectio*, t. II, p. 553): "Faciente Arnaldo unum senatore quem volunt imperatorem dicere, creare disponunt."

(3) GERHON., de *Investigat. Antichristi* GRETSER, *Op.*, t. XII: "Quem ego vellem, pro tali doctrina sua, quamvis prava, vel exilio vel carcere, aut alia poena præter mortem punitum esse, vel saltem taliter occisum, ut Romana Ecclesia seu curia ejus necis questione careret."

(4) BARON., *Annal. Eccl.*, a. 1143, § 3.

(1) OTTON. FRISING., de *Gestis Friderici*, II, 21: "Clericorum et Episcoporum derogator, monachorum persecutor, laicis tantum adularum."

(2) Prælatos et cardinales superbe carnaliterque viventes. *Commentar. in Joannem*, p. 262.

la Babilonia de la cristiandad (1); los papas usurparon el poder temporal, olvidando las palabras del Salvador: *Dad al César lo que es del César*, (2). El abate Joaquín rechazaba las riquezas como un don funesto; lo que se consideraba como la fuerza de la Iglesia era, en su concepto, la causa de su ruina, y no había más que un medio de salvar el cristianismo, que era volverle á llevar á su primitiva misión (3).

La Roma cristiana, dominando sobre los príncipes y explotando á las naciones, recordaba al pueblo rey más bien que á Jesucristo. La Iglesia oficial parecía degenerada ante los hombres inspirados en el ideal evangélico, que la abandonaron y formaron esas poderosas sectas que en los siglos XII y XIII amenazaron la existencia del catolicismo. Las sectas diferían de doctrinas y de sentimientos; pero todas se alzaban contra la avaricia y la corrupción de Roma, todas tenían la ambición de ser la Iglesia verdadera, heredera de Aquel que no había poseído nada ni sabía siquiera dónde reclinar la cabeza (4); todas aplicaban á la Iglesia romana las frases injuriosas del Apocalipsis "Roma era la gran bestia, la prostituta, una caverna de bandidos," (5).

Roma ahogó las sectas en sangre; pero la hostilidad que habían alimentado contra el papado sobrevivió y encontró un nuevo alimento en el abuso que los papas hicieron de su poder. La Roma cristiana pesaba sobre los pueblos como había pesado la Roma pagana, á diferencia de que la Roma pagana había tenido que combatir con naciones cuya misión se había ya realizado, al paso que la Roma cristiana tenía enfrente de sí razas jóvenes que demandaban libertad é independencia para lanzarse en la carrera que Dios les abría; sin embargo, el

(1) «Mulier auro inaurata, indifferentem cum terra principibus fornicatur. Romana Ecclesia ista est que in Babylonem vitæ confusione transfusa macchatur» (Recopilación de las predicciones del abate JOAQUÍN, en WOLF, *Lectio memorabilis*, t. 1, página 489).

(2) In *Jeremiam*, p. 310.

(3) Sobre la doctrina de JOAQUÍN, véase á NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. V, p. 423 y siguientes.

(4) Los Cátaros decían: «Apud se tantum Ecclesiam esse, eo quod ipsi soli vestigiis Christi inhereant» (EVERVINI, *Epist. ad Bernardum*, ap. MABILLON, *Analec.*, t. III, p. 452).

(5) Los albigenses decían: «Romanam Ecclesiam speluncam latronum esse, et quia ipsa erat meretrix illa de qua legitur in Apocalypsi» (PETR. MONACH., *Histor. Albig.*, ap. DUCHESNE, *Scriptor. Histor. Franc.*, t. V). Los valdenses: «Dicunt quod Ecclesia Romana est Ecclesia malignantium et bestia et meretrix, que leguntur in Apocalypsi» (RAINERII, *Summa*, en MARTENE, *Thesaurus Anecd.*, t. V, p. 175).

yugo de los papas se hacía cada vez más pesado al mismo tiempo que se despertaba el sentimiento nacional; y desde entonces, la lucha era inevitable, y el resultado no podía ser dudoso. El pontificado no tenía más fuerza que la de la opinión pública, que se le escapaba, quedando aislado sin su apoyo. Francia tomó la iniciativa; la nación francesa posee, más que los otros pueblos, el genio de la unidad; desde un principio tuvo conciencia de sí misma, y rechazó la supremacía temporal de los papas como un atentado contra su soberanía. Alemania fué durante algunos siglos el campo de batalla del sacerdocio y del imperio, y vió sucumbir todos sus príncipes, los más poderosos y los más heroicos; una lenta, pero profunda antipatía germinó en la nación contra la dominación del obispo de Roma, y acabó por estallar cuando un papa, vasallo de la Francia, trató de someter la Alemania á un príncipe francés; los electores reivindicaron la independencia de la corona alemana y se negaron á reconocer otro superior que Dios; de estas luchas salieron los primeros ataques dogmáticos contra el pontificado; ya la lógica de las ideas arrastraba á los adversarios del papa á atacar el propio catolicismo. Inglaterra dió el golpe mortal; sus reyes fueron mucho tiempo vasallos del papa; pero había en la raza anglo-normanda un indomable espíritu de independencia, y la isla británica nació en su cuna al atrevido Wiclef, precursor de la Reforma. El pontificado va á perder, no solamente su poder temporal, sino su poder espiritual sobre una gran parte de la cristiandad.

### § III.—La Iglesia galicana.

N.º 1.—La Francia y el pontificado.—San Luis.

#### I

Los reyes de Francia llevaban el título de hijos primogénitos de la Iglesia, y lo merecían. La conversión de Clodoveo dió la victoria al catolicismo sobre la herejía arriana; las conquistas de los Francos fueron una propaganda á mano armada; Carlo-Magno fundó el poder temporal del pontificado, que creció bajo sus sucesores (1). En la lucha que se entabló entre el sacerdocio y el impe-

(1) Véase la parte quinta de mis Estudios.

rio, Francia tomó parte por los papas, y fué el asilo de los pontífices romanos (1). Pascual II, arrojado de Italia por las armas de Enrique V, pidió socorro á Luis el Gordo: «Era costumbre de los reyes de Francia, dice el papa, defender á la santa sede contra los tiranos que querían oprimirla» (2). Gelasio II, perseguido por el mismo emperador, encontró en el *muy cristiano* reino el apoyo «que desde la más remota antigüedad había prestado á los soberanos pontífices» (3). Inocencio II, luchando contra las facciones de Roma, se retiró á Francia, «asilo seguro de la Iglesia», dice el abate Suger (4). Alejandro III tuvo contra sí al poderoso Barbarroja, y la adhesión de la Francia le aseguró la victoria de toda la cristiandad (5). Los papas demostraron su gratitud glorificando á la nación francesa y ensalzándola sobre todos los demás pueblos: «El reino de Francia, dice Pablo I, brilla con un resplandor divino; Dios mismo le ha consagrado, por decirlo así, para el servicio de la Iglesia, poniendo á su frente reyes católicos por excelencia», Inocencio III escribe á Felipe Augusto que la Francia y el pontificado están solidariamente identificados, que el pontificado se levanta con el reino de Francia y caerá con él (6). «El Señor, dice Gregorio IX (7), ha escogido á Francia para hacer de ella el instrumento de sus designios; es una aljaba que se ha puesto á la espalda, de donde saca flechas escogidas para la defensa de la religión, lanzándolas por medio de las poderosas manos de los reyes», La Iglesia galicana participó también de estos elogios: «Es con la Iglesia romana como un espejo de toda la cristiandad, como un apoyo inmutable de la fe» (8).

(1) GUIBERTO, *Hist. Hierosol.*, lib. II: «Apostolicæ sedis pontificibus consuetudinarius fuit, si quam passi sunt a finitima gente molestiam, auxilia semper expetivisse a Francis.»

(2) SUGER, *Vita Ludovic. Grossi*, c. IX (BOUQUET, tomo XII, página 19).

(3) SUGER, *Vita Ludovic. Grossi*, c. IX (BOUQUET, tomo XII, página 46).

(4) SUGER, *Vita Ludovic. Grossi*, c. IX (BOUQUET, tomo XII, página 57).

(5) «Quos devotio gallicana suscepit, victoriam semper contulit et triumphum.» ARNULPH. *Lexov. Epist. ad Archiep. et Episc. Angliæ Biblioth. maxima Patrum*, t. XXII—*Epistola THEOBALDI, Archiep. Cantuar., ad Henrici I, Angliæ regem*, a. 1160 (BOUQUET, t. XVI, p. 499): «Eos prævaluisse crebra recolimus lectione quos gallicana recepit et fovit Ecclesia.»

(6) *Registrum Inocentii de negotio Imperii, Epist. LXIV.*

(7) DE MARCA, *de Concordia Sacerdotii et Imperii*, l. 12, 8.—*C. Epist. Alex. IV ad Ludovic. IX RAINALD., Annal. ad a. 1262, § 62*: Hoc est regnum, cujus potentia Ecclesiæ contra ejus persecutores in cunctis ipsis tribulationibus constantia semper fuit inconcussa.

(8) GREGORIO IX, *Registr.*, l. 303 (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. VI, p. 118).

Sin embargo de todo esto, Francia es la que toma la iniciativa de la reacción contra el poder temporal de los papas; ¿es esto una contradicción, ó un hecho accidental? Nada se produce en las cosas humanas por la casualidad ni por la fortuna; todo tiene su causa; no la conocemos las más veces, y entonces, para cubrir nuestra ignorancia, la llamamos fortuna y casualidad; los destinos de Francia están ligados á los del pontificado, y son más elevados, porque las naciones están destinadas á sobrevivir al poder llamado para formar su educación; Francia es el instrumento de que la Providencia se sirve para fundar el catolicismo y el pontificado; pero tiene una misión todavía más gloriosa. Un papa la llamó nación teológica, raza de elegidos (1); y fiel á su genio, tomó el partido de la Iglesia y se confundió con ella, por decirlo así, tanto tiempo como la Iglesia estuvo á la cabeza del progreso social; pero siguió la bandera del pontificado libremente y sin abdicar su individualidad. La nación francesa tuvo muy desde el principio conciencia de su vida propia, de su vida nacional; dotada en el más alto grado del genio de la unidad, se unió fuertemente á sus reyes, y alrededor de este núcleo se agruparon sucesivamente todos los elementos de la nacionalidad francesa. Francia estaba, pues, menos que ninguna otra nación, dispuesta á doblegarse bajo las exigencias de la corte de Roma; de aquí la oposición á las pretensiones de los papas que estalló bajo Gregorio VII (2). La Iglesia galicana se levanta al lado de la romana, respetuosamente en apariencia, pero en el fondo independiente y pronta á serla hostil.

Nos queda un notable testimonio de los sentimientos de la Iglesia francesa en el tratado sobre *el poder real y la dignidad del sacerdocio*, que Hugo de Santa María dirigió al rey de Inglaterra á principios del siglo XII (3). Es una defensa de la monarquía contra las pretensiones de los papas. Gregorio VII, en su desprecio hacia los príncipes de la tierra, negaba que tuviesen su principio en Dios:

(1) PAULI I *Epist. ad Francos*: «Vos quidem, carissimi, gens sancta, regale sacerdotium, populus acquisitionis.»

(2) Aun después de los decretos de Gregorio VII, de Urbano II y de Pascual II sobre las investiduras, los reyes de Francia continuaron exigiendo el homenaje y el juramento de fidelidad de los obispos y de los abades. IVON DE CHARTRES escribe á Pascual II que esto se hace, á la verdad, contra los decretos de los papas, pero que es en beneficio de la Iglesia (*Epist. cxc*, ap. BOUQUET, t. XIV, p. 146).

(3) HUGO FLORIACENSIS, *de Regia potestate et sacerdotati dignitate*, en BALUZE, *Miscell.*, t. IV, p. 9 y siguientes.